



Orlando libra á Olimpia. (T. I, p. 173)

« Conocerás cuando á encararme venga  
 « Con ese monstruo, á quien provoco y reto. »  
 Dice; y al mar botando la barquilla,  
 Cuanto supone puede hacerle falta  
 Tomando, en ella salta;  
 Sus armas todas déjase en la orilla,  
 A excepcion de su espada; coge el remo,  
 Sus fuerzas todas por moverlo emplea,  
 Y, á guisa de cangrejo, las espaldas  
 Vuelve hácia el sitio á do llegar desea.

Era el momento en que sus trenzas blondas  
 La bella aurora ufana desplegaba  
 Al rival de Titon, que entre las ondas  
 La mitad de su disco ya elevaba.

De la pelada roca  
 A un tiro de ballesta se coloca  
 El héroe, cuyo oido  
 Viene á herir un gemido  
 Débil, cansado, perceptible apena.  
 Por la desierta arena  
 La vista al punto hácia su izquierda tiende,  
 Y atada á un tronco, á cuyo pié se estrella  
 La cólera del mar, una doncella  
 Desnuda ve cual del materno seno  
 Salió; mas el terrenc  
 Que de ella le separa, y de su frente  
 La actitud consternada, no consiente  
 Al paladin reconocer quien sea.  
 Con el remo, impaciente  
 Por volar á su encuentro,  
 La espuma agita, y lucha y forcejea.

En esto, hasta su centro  
 Estremece á la mar alto bramido;  
 Y, en las hinchadas olas suspendido,  
 Llega el monstruo feroz. Cual nube parda  
 Que del húmedo valle se desprende  
 Y que la tierra en envolver no tarda,  
 Su inmensa mole así la fiera extiende

Por la anchurosa mar. Con faz tranquila  
 Vela Orlando llegar; y como un hombre  
 A quien nada hay que asombre,  
 Y que nunca desmaya ni vacila,  
 Con el objeto de poder á un tiempo  
 Embestir á la fiera, y á la dama  
 Dar el útil amparo que reclama,  
 Con la barca interpónese, y el cable  
 Y el áncora llevando en una mano,  
 Sereno aguarda al monstruo formidable.

Viendo en la lancha al paladin la foca,  
 Abrió para tragársele una boca  
 Por donde un hombre entrara cabalgando.  
 Adelántase Orlando, y con la cuerda  
 Y el esquife, si mal no se me acuerda,  
 Del monstruo se introduce en la garganta,  
 Y en ella el ancla atravesada planta.

Bien cual prudente obrero  
 Que, en busca de metales,  
 De la honda tierra al corazón descende,  
 Con sólidos puntales

Las entreabiertas bóvedas suspende,  
 Suspende al monstruo infando  
 Ambas quijadas el valiente Orlando.  
 La espada entonces saca,  
 Y con ella en sus fauces cavernosas,  
 Ora de corte, ora de punta, ataca.

No se defiende el monstruo, que mal puede  
 Defenderse una plaza cuando mira  
 Al enemigo en sus murallas. Cede,  
 Cede por tanto, y sin sentido gira.  
 Sus flancos ora y su escamosa espalda  
 Muestra sobre la líquida esmeralda,  
 Ora al fondo del mar se precipita  
 Y sus arenas con el vientre agita.  
 Viéndose entre agua tanta,  
 A nado el héroe deja su garganta;  
 Ase el cable, y por medio de las olas

Abriéndose camino, á toda prisa  
 Se dirige al peñasco que divisa.  
 Llega; y saltando en tierra, sin tardanza  
 El cable empieza á recoger. En vano  
 Resistir quiere el monstruo á tal pujanza;  
 Que de un tirón hace el señor de Anglante  
 Lo que no hiciera en diez un cabrestante.  
 Cual salta y corcovea  
 El indómito toro, que se siente  
 Al cuerno de repente  
 Un lazo echar; así, mil vueltas dando,  
 Se agita en vano el monstruo abominable  
 Por desasirse del robusto cable  
 Que á tierra á su pesar lo va arrastrando,  
 Y la sangre que vierte  
 El verde humor en púrpura convierte.

Con su vientre escamoso  
 Las encrespadas olas oprimiendo,  
 Ora el fondo del mar muestra arenoso,  
 Ora á la luz del sol opone un velo  
 Con las olas que saltan hasta el cielo.  
 Los montes y las selvas, con espanto,  
 Tal estrépito escuchan. De su cueva  
 Sale Proteo, y al mirar á Orlando,  
 Su dispersada grey abandonando,  
 Del mar huye á esconderse en el abismo.  
 Crece la confusion, crece el tumulto,  
 Y de tal modo, que Neptuno mismo,  
 A su carro enganchando sus delfines,  
 De Etiopia se encamina á los confines.  
 Ino, llorosa, y suspendida al cuello  
 Llevando á Melicerta; las Nereidas,  
 Desgreñado el cabello;  
 Los Glaucos, los Tritones,  
 Cuantos del mar habitan las regiones,  
 Sin saber do, despavoridos huyen.

A tierra en tanto al fiero monstruo obliga  
 A venir el guerrero, cuya pena

Y esfuerzos poco á poco disminuyen ;  
Que, ántes de verse aquel sobre la arena,  
Espiró de dolor y de fatiga.

Por presenciar reyerta tan extraña  
Muchas gentes de la insula llegaron  
Que, con el celo fanático, esta hazaña  
Un espantoso crimen reputaron.

« De Proteo la saña  
« Atizada con esto, se decian,  
« Los horrores de un tiempo mas funesto  
« Su cruda grey renovará bien presto.  
« Perdon pues invoquemos  
« Del ofendido dios, ántes que airado  
« Sobre nosotros lance su castigo,  
« Y su enojo aplaquemos  
« Arrojando en la mar á su enemigo. »

Bien cual activa llama  
De monton en monton de seca leña  
Cunde y tal vez una comarca inflama,  
Así la idea que el terror infunde,  
De pecho en pecho en un instante cunde.  
Ya de arco, lanza, espada ú honda armado,  
A la ribera cada cual descende,  
Y por detras, de frente ó de costado  
Embiste al paladin, á quien sorprende  
Proceder tan brutal y tan injusto;  
Mas, cual suele oso intrépido y robusto  
Que las ferias recorre,  
Por el Ruso ó Litano conducido,  
Despreciar de los canes el ladrido,  
Así desprecia el príncipe valiente  
La loca obstinacion de aquella gente,  
Que, al verle sin broquel, sin armadura  
Ni yelmo, aprisionarle se figura;  
Mas del diamante tiene la dureza  
Su piel, desde el talon á la cabeza.  
La de ellos, ménos dura,  
Cede á los golpes de la ardiente espada

Del conde, que con diez quita la vida  
A treinta de la turba amedrentada,  
Y en fuga á los demas pone bien presto.  
A la dama afligida  
Acércase despues; mas, de repente,  
De aquella playa por el lado opuesto  
Insólito rumor alzarse siente.

Miéntas por esta banda  
Ocupaba el de Anger á los isleños,  
A tierra de sus leños  
Por otras mil saltaban los de Irlanda;  
Y, ora fuese rigor, ora justicia,  
Iban estrago horrendo,  
Por donde quier sin distincion, haciendo.  
Los indigenas, ya que sorprendidos  
Por este ataque inesperado fuesen,  
Ya que escasos en número,  
En consejo ó en ánimo se viesen,  
Poca ó ninguna resistencia hicieron.  
Bajo el poder del vencedor cayeron  
Sus haciendas y bienes. Degollados  
Sin piedad todos fueron,  
Y sus lares hundidos ó incendiados.

De tal rumor y confusion y ruina  
Sin curarse el guerrero, se encamina  
De nuevo hácia la roca  
Donde estuvo la virgen peregrina  
A punto de ser presa de la foca.  
Llégase á ella, y al mirarla, cree  
A Olimpia conocer: ni se equivoca;  
Olimpia es en efecto,  
Que, víctima infeliz de iluso afecto,  
Vino á parar á la insula de Ebuda.  
La dama al héroe reconoce en breve;  
Mas, viéndose desnuda,  
A hablarle ni á mirarle no se atreve.

Rompiendo en fin aquel silencio, el conde  
La causa le pregunta

Que la indujo á dejar la tierra en donde  
De su esposo querido  
Gozar él mismo del amor la vido.  
« No sé, señor, » la dama le responde,  
« Si sentir debo pena ó alegría  
« Al verme en este dia  
« Libertada por vos de mi impia suerte.  
« Solo, empero, muriendo  
« Podrá acabar la desventura mia.  
« Dadme pues, oh señor, dadme la muerte,  
« Que de todos mis males me liberte. »  
Y llorando narraba  
Cual la engañó su esposo, y cual dormida  
En sitio la dejó do sorprendida  
Por los corsarios fué. Miétras hablaba,  
Su cuerpo al replegar de mil maneras  
Por ocultar su pecho y sus caderas,  
De su talle, con púdico bochorno,  
Mostraba el graciosísimo contorno.

Ansioso de llegar adonde ropas  
Pueda encontrar para la dama, Orlando  
Iba á embarcarse, cuando  
Llega Uberto con parte de sus tropas,  
Miétras el resto, de coraje ciego,  
Pone la insula toda á sangre y fuego.

Bien que de espuma y sangre  
Se hallase el bravo paladin cubierto,  
No tarda en conocerle el rey Uberto,  
Que atribuir no puede más que á Orlando  
Las pruebas de valor que va escuchando.

Un año solo hacia  
Que, heredando la lberma monarquia,  
De Francia Uberto abandonó la corte,  
Do infante fué de honor, y do se unieron  
Él y el de Anglante con estrechos lazos.  
Viéndose, pues, allí se conocieron,  
Y, la celada alzando, con transporte  
Se arrojó cada cual del otro en brazos.

Cuéntale Orlando la conducta aleve  
Del duque, y cuanto debe  
Este á la bella esposa á quien olvida.  
Refiérole tambien cual de su vida,  
Perdido que hubo hermanos, padre y trono,  
Hacer ella mil veces abandono  
Quiso por darle libertad. En tanto  
Que Orlando así decia, el triste llanto  
Que inundaba los ojos de la dama,  
De la estacion riente  
Recordaba los dias en que el cielo,  
Del seno de una nube transparente,  
Refrigerante lluvia lanza al suelo:  
Y cual, de rama en rama,  
El ala humedecida sacudiendo,  
Alegre el ruiseñor se va meciendo;  
Amor así de tan divinos ojos  
En la luz se complace y se regala,  
Y en su liquido aljófár baña el ala.

En esta luz aquel rapaz un dardo  
Forja; lo temple en la corriente clara  
Que, entre lirios y rosas, se desprende  
De los ojos de Olimpia, y lo dispara  
De Irlanda contra el principe gallardo,  
Que atónito la vista  
Por las bellezas de la dama tiende.

El cielo rara vez belleza tanta  
En mujer reasumió. No solamente  
Eran bellos sus ojos y su frente,  
Sus hombros, su nariz y su garganta,  
Sino que, hechas á torno  
Y del marfil mas puro parecian  
Aquellas partes que, con vano adorno,  
Avaras ropas encubrir solian.  
Por surco hondo y estrecho  
Entre sí separados se veian  
Los dos cándidos globos de su pecho,  
Cual por un valle dos colinas leves,

Del enero cubiertas por las nieves.  
Su vientre, sus caderas y sus muslos  
De Fidias y de Apéles  
Recordaban buriles y cinceles.  
Desde los pies, en fin, hasta el cabello  
Era imposible ver busto mas bello.

Si allá del Ida en la region lejana  
Asistir de las diosas al litigio  
Podido hubiera Olimpia, la manzana  
Dudo yo que otorgara el jóven frigio  
A la reina de Chipre, ni violara  
De una hospitalidad franca y sincera  
Los derechos tal vez. « Helena cara,  
« Sé feliz con tu esposo, le dijera,  
« Yo de la bella Olimpia ardo en el ara. »

Ni, á haber podido hallarse esta en Crotona,  
Tuviera Zéuxis que estudiar desnuda  
Tanta y tanta matrona,  
Para acabar la imágen destinada  
A decorar de Juno la morada,  
Pues las gracias en todas esparcidas  
En Olimpia encontrara reunidas.

Yo miro como cierto  
Que aquel talle el infiel no vió desnudo;  
Pues, á verlo, no alcanzo como pudo  
A Olimpia abandonar en un desierto.

De su beldad enamorado Uberto,  
Consuélala, y le jura  
No soltar el acero ni la lanza,  
Hasta hacerla subir de nuevo al trono  
Y de Bireno recabar venganza.

Traje con que encubrir tanta hermosura  
Hallar despues por la insula procura,  
Do, merced á la fiera,  
Hay profusion de ropas femeniles.  
Para encubrir tan bellas formas, viles  
Uberto las juzgó; y así juzgara,  
Aunque de pura seda y de oro fino

Con el mayor primor las recamara,  
El industrioso y rico florentino.  
De Lémnos el artifice divino,  
Minerva misma, ignoro  
Si tejerlas pudiera que desdoro  
No fueran de aquel talle peregrino.  
Roldan, que hasta aquel suelo en seguimiento  
De su Angélica vino, gran contento  
Tuvo en ver la pasion del rey de Irlanda;  
Pues este amor de encaminarse á Holanda  
Y de buscar al duque le eximia,  
Y en pos de su adorada  
El orbe recorrer le permitia.  
Convencido por fin de que en Ebuda  
Angélica no está; mas, en la duda  
De si estuvo, del sol al rayo nuevo  
Con el caro mancebo  
Y con Olimpia embárcase. A la corte  
De Uberto llega y se detiene un dia.  
Vano es que el rey, vano que Olimpia exhorte  
Al héroe que se quede. Su porfia  
De averiguar de Angélica el destino  
Hacia Francia dirige su camino.  
Pártese pues, así que encomendado  
Hubo á Olimpia del principe al cuidado,  
Y así que de este obtuvo la promesa  
De consagrar su vida á esta princesa.  
Sus tropas junta con efecto, y liga  
Formando con la Escocia y la Inglaterra,  
De Holanda y Frisia al duque en breve arroja;  
Marcha á Zelanda, y en sangrienta guerra  
Del solio y de la vida le despoja;  
Y á Olimpia luego haciendo su consorte,  
Como reina preséntala á la corte.  
Mas al de Anger volvamos, que, surcando  
La mar sin rumbo cierto,  
Llega entretanto al puerto  
De do salió su nave. Allí montando

De nuevo en su corcel, veloz se aleja,  
 Y atras los vientos y las olas deja.  
 No dudo que, en el resto del invierno,  
 Hazañas consumara  
 Dignas de fama y de loor eterno;  
 Mas su modestia igual á su denuedo  
 En profundo silencio sepultólas.  
 No es pues mi culpa si narrar no puedo  
 Las que, su esfuerzo consumando á solas,  
 Nadie sabrá jamás; pues sus victorias  
 Por sus testigos solo eran notorias.

Nada se supo pues; mas, cuando al signo  
 De Aries el padre de la luz llegando,  
 Doró de nuevo la celeste esfera,  
 Y Céfito benigno  
 Retornó con la dulce primavera,  
 Entónces fué cuando á la par se vieron  
 De la tierra flotar las flores nuevas  
 Y del valor del paladin las pruebas.  
 Del llano al valle, solo y afligido,  
 Siguiendo va su fatigado viaje,  
 Cuando salir del bosque oye un gemido:  
 Toma el hierro al momento  
 Y su corcel empuja hácia el paraje.  
 De do sale la voz; mas ya la mia  
 Débil y ronca sienta.  
 Permitidme, señor, que tome aliento.

## CANTO XII.

Éntrase Orlando en el nuevo palacio encantado de Atlante. —  
 Encuentra allí á varios guerreros. — Portentosos efectos  
 del anillo de Angélica. — Húyese esta por los bosques. —  
 Riñen Orlando y Ferragut. — Curiosas discusiones entre estos  
 dos guerreros y Sacripante. — Angélica desata y se lleva el  
 yelmo de Orlando. — Rompe este guerrero dos huestes de  
 sarracenos. — Llega á una cueva y encuentra dentro de ella  
 á dos mujeres.

Quando, al volver de la region Idea  
 Al valle solitario  
 Donde al gigante altivo y temerario  
 Los lomos bruma la montaña Etnea,  
 De su hija cara descubrir no pudo  
 Céres la huella, crudo  
 Fué su dolor. En su fatal despecho  
 Desgarra sin piedad su hermoso pecho,  
 Y arrancando dos pinos,  
 Que enciende en las cavernas de Vulcano,  
 Uno de ellos agita en cada mano,  
 Y en su carro, arrastrado por serpientes,  
 Del monte corre al llano,  
 Selvas registra, estanques y torrentes  
 Y la tierra y el mar, y, desde el mundo,  
 Baja en su busca al Tártaro profundo.  
 Lo mismo Orlando, en su ferviente anhelo  
 De encontrar á su Angélica, corrido  
 Hubiera el mar, la tierra, el aire, el cielo,  
 Y del eterno olvido,  
 Cual Céres, descendiera á las mansiones  
 Si su carro tuviera y sus dragones.  
 Mas no los tiene; y á caballo agora,  
 Agora á pié, buscando á la que adora,  
 La Francia recorrió. Luego la España  
 Piensa ver y la Italia y la Alemaña,